

“Hacer con otros”

María Soledad Galerón, RMI

INTRODUCCIÓN:

Todos experimentamos la complejidad del mundo en que vivimos y las dificultades para dar respuestas “solos” a tantos desafíos y necesidades que se nos presentan. Quizá ahora sentimos con más fuerza la necesidad del “hacer con otros”. Dios siempre habla a través de la realidad; en la historia, en las circunstancias concretas que nos toca vivir. Si tenemos oído de “creyentes” podremos escuchar su voz.

San Agustín solía decir “no vengo a enseñaros cosas nuevas para que las aprendáis sino cosas antiguas para que las viváis”, por eso, aquí, simplemente vamos hacer presente y comentar algunas cosas que todos sabemos para que las vivamos mejor.

Sabemos que la Iglesia es esencialmente misterio de comunión; una “comunión orgánica”, caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de realidades personales, de carismas y formas de vida. Somos muchos miembros con una dignidad común pero con dones y funciones diversas. Cuando realizamos el trabajo apostólico de forma paralela o ignorándonos, en división, en competitividad o desperdiciando energías y dones que Dios ha dado para el bien común, estamos contradiciendo lo que es la esencia de la Iglesia: la comunión.

El “hacer con otros” es una forma de **ser y de realizar** nuestra vocación en la Iglesia, para ello es necesario fomentar en nosotros una mentalidad eclesial abierta y dialogante;

“Hacer con otros” no es cuestión de metodología sino de **actitudes**. No puede nacer de la necesidad, la moda o la eficacia, sino de un corazón evangélico, porque no es solo trabajar, sino relacionarse; más que hacer es **ser con otros**.

Antes de seguir adelante propongo hacer un pequeño ejercicio. Así como están sentados, “cuchichear” por 10 minutos sobre las siguientes preguntas:

- ¿Qué experiencia tengo del “hacer con otros”?
- ¿Qué veo de positivo y qué de negativo?
- ¿Qué textos bíblicos recuerdo que fundamentan al “hacer con otros”?
- ¿Qué recuerdo de Claret “haciendo con otros”?

Después compartiremos brevemente los comentarios que hemos hecho entre nosotros.

I. Fundamentos para el “hacer con otros” desde la experiencia bíblica.

A la base del “hacer con otros” está la concepción bíblica del ser humano, su vocación y misión. El hombre y la mujer son **imagen** de un Dios Trinidad, es decir relación, y por ello son llamados a la relación y comunión con Dios y entre sí.

Todos hemos sido “**con-llamados**” por el mismo Dios:

- A la vida.
- A la misma fe (nuestro caso): Llamados a la filiación y por ello a la fraternidad.
- A participar en la misma misión del Hijo.
- A los distintos carismas. Como familia claretiana tenemos parte en una experiencia común.

¿Qué concepción tenemos del ser humano? Es importante saber ¿quiénes somos? Cada generación, época y cultura, incluso cada postura personal significa o refleja una visión del hombre/mujer. Estas visiones no son solamente algo puramente intelectual sino vivencial y práctico.

En el mundo bíblico se le da una gran importancia al ser humano, en lo que somos y sobre todo **en lo que estamos llamados a ser**. El ser humano no es algo secundario sino algo que le importa a Dios sobremanera. El ser humano es alguien que Dios ha llamado a existir como imagen y amigo suyo; alguien con quien Dios se ha comprometido totalmente.

a) *El ser humano como relación*

La Biblia concibe al ser humano como un ser **en relación con Dios**. La categoría fundamental de esta relación es la *alianza*, narrada como acontecimiento, experiencia vivida. Una gran metáfora para entender el ser del hombre.

La Biblia, al hablar del hombre, no lo hace en abstracto, sino que habla de un ser histórico concreto. Y al hablarnos de él, lo hace más del *rostro* que de la *cabeza*; cuando se refiere al rostro lo hace especialmente a los sentidos del oído y la vista. El "oír" bíblico tiene la capacidad de definir al hombre. El hombre es el ser que puede oír a Dios. La sordera, no oír a Dios, es no realizarse como ser humano. El hombre bíblico sabe que **es ante todo llamamiento**. Sabe quién es a través de la voz de Dios, que llama a cada uno por su verdadero nombre porque conoce el corazón.

Característica constitutiva del hombre bíblico es escuchar; el hombre es "oyente de la palabra"... El oído, se presenta en la Biblia como aquello en que consiste la fidelidad; tener despierto el oído, es la manera de ser creyente: Isaías 50: "Cada mañana me despierta el oído". El fiel **escucha** a Yahve que le llama. No refuerza tanto el hablar sino el ponerse a la escucha. Prestar atención al otro, a la realidad. Prestar atención es ya una forma de plegaria, de diálogo.

Esta postura fundamental de escucha supone una actitud de respeto a las palabras; a la verdad de las palabras, que tiene su valor no por la cantidad, sino por la genuinidad, por la verdad: decir, sí, sí; no, no.

El pueblo bíblico tiene un gran sentido de **vinculación comunitaria**, pasa imperceptiblemente del "yo" al "nosotros". Es impensable el individuo sin el grupo, sin el pueblo. El individuo es "solidario", responsable de los otros... La afirmación progresiva de la individualidad no anula nunca la dimensión corporativa, la pertenencia al pueblo.

Según Abraham Heschel, (judío que participó en el Congreso "Teología de la renovación", conclusiones publicadas en el tomo I "*Renovación del pensamiento religioso*" Sígueme, Salamanca, 1972.), las palabras hablan, son puertas que revelan posibilidades, revelan las personas, y la renovación del hombre es la renovación del respeto, y la renovación del respeto es la renovación de las palabras. Para valorar las palabras es imprescindible el silencio. La auténtica capacidad de escucha renueva a las personas. Si no respetamos las palabras humanas, tampoco podemos respetar ni escuchar la Palabra de Dios que se hace oír en palabras humanas.

b) *El ser humano, ser-en-diálogo.*

Para Shillebeeckx el ser humano es un ser-en-diálogo que desarrolla en dos direcciones complementarias: en diálogo con Dios, iniciado por El mismo, y en diálogo con otros.

El otro es aquello que yo no poseo, lo diferente; y por lo tanto, la complementariedad; es aquello que es capaz de ser novedad. Mi mundo sin la presencia del otro es un mundo cerrado y pobre; la presencia del otro me saca del monólogo, y me lanza al diálogo. El otro es mi riqueza.

La expresión "imagen de Dios" es el intento bíblico de responder al "qué somos", "quiénes somos"... Somos imagen de Dios, pero hay mucho de **futuro**, de tarea, en nuestra imagen. La imagen es condición recibida, **don** y **llamada**, y por lo mismo tarea, camino...Tenemos que ir haciéndonos. El hombre y la mujer, cada ser humano es imagen, es un asunto personal pero no "individual", es asunto de la comunidad humana. El cristianismo nos revela una imagen de Dios trinitaria, comunión. Dios no es unicidad sino "alteridad". Y por eso nuestra realidad humana está marcada por la alteridad, *individuos en relación*. Vivimos una continua tensión entre persona y comunidad. La verdadera imagen humana acabada es Cristo.

Cada persona no es ella misma si no es en relación con otros. M. Buber es uno de los pensadores que más ha rescatado la categoría de **relación**. Ni individualismo ni colectivismo, ambos empobrecen al ser personal, sino relación, proceso de comunión.

El propio Dios, comunión perfecta, nos revela la riqueza del diálogo, de la búsqueda del otro. Dios se interesa de que la alteridad exista y sea conocida como otra totalidad: "*Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*" (Gn.1,26) y en la Encarnación del Verbo, Dios sale de su totalidad y se hace alteridad, se hace hombre. La mejor ventana hacia Dios es el rostro del otro.

Nadie es totalidad, completo, sólo Dios y sin embargo, El, que es absoluto, total, plenitud, muestra su respeto, su querer por la alteridad y nos muestra la injusticia cometida cuando alguien, o algo, se **absolutiza**, convirtiéndose en totalidad, matando o esclavizando la alteridad.

Desde la fe, en la respuesta acogedora dada al Dios que nos habla, recibimos una vocación y una misión. Somos llamados a un misión común. Todos somos cooperadores en la única misión del Hijo. Tenemos

que ser conscientes de que no es mi obra ni mi misión y que Dios tiene la libertad de llamar a quien quiera a colaborar con El lo mismo que a nosotros; somos pluralidad de aspectos en una misma obra. Somos complementariedad.

II. ¿Qué necesitamos para “hacer con otros”?

El “hacer con otros” es mucho más que metodologías o planes concretos; no es sólo hacer de otra manera sino, sobre todo, **ser** de otra manera. Se trata fundamentalmente de una nueva **calidad de relación**. No sólo ensanchar las relaciones, sino sobre todo cambiar las actitudes en ellas. Recordemos a Pablo VI que en la EN: *“las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen”*(EN 36).

a) Actitudes que nos impiden “hacer con otros”:

Puesto que el “hacer con otros” necesariamente implica relaciones personales tenemos que estar muy atentos a ciertas actitudes que impiden que estas relaciones sean constructivas y por lo tanto **imposibilitan** el “hacer con otros”, por más que esté establecido en nuestros Reglamentos, Planes Pastorales, Directorios, Documentos Capitulares, Declaraciones de Principios; mientras no cambien nuestras actitudes solo serán buenos deseos incumplibles.

Imposibilita el “hacer con otros”:

- Cuando miramos al otro como “enemigo”, competidor, amenaza.
- Cuando a todo lo que hacemos o decimos queremos ponerle “derecho de autor”, nuestro sello personal...
- Cuando nos falta la verdad para reconocer las posibilidades del otro y la libertad para acogerlas.
- Cuando somos celosos de nuestra autonomía y libertad y nos cuesta aceptar la dependencia, reconocer que no somos creados “autónomos”...
- Cuando nuestras relaciones se inspiran en la ambición, la voluntad o lucha de poder, de prestigio, de conquista, deseo de deslumbrar, elevarnos por encima de, dominar, triunfar.
- Con actitudes de individualismo, antagonismo, protagonismo exagerado, autosuficiencia, superioridad, prepotencia y absolutismo
- Cuando vemos y juzgamos con dureza de corazón, falta de sensibilidad, apertura y escucha.
- Cuando somos presos de bloqueos personales, excesiva necesidad de reconocimiento.
- Cuando condicionan nuestras relaciones ciertas necesidades básicas afectivas no satisfechas...
- Cuando lo único, o casi, que valoramos es la eficacia...

b) Actitudes necesarias para “hacer con otros”

Puesto que nuestro “hacer con otros” está en la perspectiva de la fe y de la misión recibida, necesitamos ir dejándonos transformar por el Evangelio para poder ver con otros ojos y sentir con otro corazón. Hacer nuestra la mirada misericordiosa de Dios sobre el hombre, que nos hará pasar de la voluntad de poder y de dominio a una actitud de respeto, acogida y comunión. Sin ser Evangelio no evangelizamos. Tenemos que ir caminando hacia una actitud de despojo, como Cristo, hermano de todos y compañero de camino; crecer en actitudes de inclusión, ser-con, hacer-con... Esta calidad de relaciones vivida como actitud, como práctica, como estilo de vida, irá construyendo una relación fraterna, más filial.

NECESITAMOS:

- ser **“contemplativos” en la misión**, estamos tan acostumbrados a actuar sobre las cosas que nos cuesta contemplarlas, respetarlas, dejarlas ser... Esto nos ayudará a “sentirnos afectados”, sensibles por el otro; por lo que vive y piensa: pena, alegría, ideas, entusiasmo, ternura, visión específica de la realidad.
- la **escucha**... prestar atención, estar alerta; no sólo tenemos una palabra que decir, también y, sobre todo, tenemos una palabra que escuchar. Dios está presente y nos habla en los otros, que son “palabra de Dios” para nosotros: palabra a la que hay que escuchar y con la que hay que dialogar.

- **respeto a lo diferente** como complemento, ampliación de mi visión, de mi yo...la sensibilidad, la visión, el calor, el gesto de lo diferente me enriquece, me da perspectivas que yo no tengo.
- **valoración de lo diferente:** descubrir los valores que hay en el otro, la singularidad, la individualidad, la especificidad. Dejarse impresionar, iluminar, enriquecer... Reconocimiento del otro y del derecho que tiene a ser quien es; aprender a descubrir que como es ya es aportación al todo...sentido de lo gratuito, el otro es un “don” para mí.
- El “hacer con otros” es un acompañamiento mutuo, un caminar juntos en el que nos hacemos de “espejo”.
- El “hacer con otros” supone cooperación y “pactos”: acuerdos que todos sabemos y tenemos que hacer: ceder, ser flexibles. Convertir las dificultades y las diferencias en oportunidades para crecer.
- **El diálogo** es elemental. El diálogo forma parte de la manera de ser y actuar de Dios; el diálogo prepara el encuentro. Tenemos que aprender a hacer de las relaciones un lugar de encuentro. En el número 27 de la Ecclesiam Suam, Pablo VI nos dice: *“La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio...acercarnos con respeto, con toda solicitud, con todo amor, para comprenderlo...”*
- y en el 29 lo siguiente: *“El dialogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina... nació de la caridad... no se ajusto a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido...ha de ser sin límites y sin cálculos... no obligo físicamente a nadie a acogerlo... se hizo posible a todos... a procedido por grados de desarrollo sucesivos...también el nuestro habrá de tener en cuenta la lentitud de la madurez psicológica e histórica y la espera de la hora en que Dios lo haga eficaz...”*

Para dialogar necesitamos:

- Como punto de partida no tener miedo al otro...
- Presentarnos tal y como somos, “ex-poner” nuestra existencia, nuestra experiencia, nuestros conocimientos. Expresándonos nos hacemos. Esperar y creer en uno mismo y esperar y creer en el otro. La esperanza y la confianza favorece un ambiente que genera vida y energía para vivir y “producir” aquello que se espera.
- Colocar nuestra palabra junto a la del otro desde la igualdad radical.
- Aceptación de la diferencia, como fuente de enriquecimiento, convergencia, búsqueda de la verdad; ir acercándose a la verdad, cediendo, purificando o plenificando las posiciones iniciales.
- Encuentro y Comunión con el otro, comprensión de la realidad desde el otro, implica capacidad de escucha para acoger sus palabras sin manipularlas. Comunión no posesión. Hacer nuestras relaciones libres y liberadoras.

No hay “hacer con otros” sin pobreza evangélica, no como ejercicio ascético, sino como apertura y acogida, expresión de libertad y comunión. No hay “hacer con otros” sin conversión. Sin adquirir actitudes y valores evangélicos como paciencia, espera, crear espacios de acogida y ofrecimiento para todos, dentro de nosotros mismos, posibilitar espacios de encuentro y comunión, fraternidad, no es posible el verdadero hacer con otros.

Estas actitudes que necesitamos, no basta con “me gustaría tenerlas”, hay que **desearlas**, “aprenderlas”, ejercitarlas, trabajar en ellas, y sobre todo **pedirlas**. Nos ayudara también:

- Desarrollar el sentido comunitario de la fe y la acción pastoral
- Desarrollar el sentido de la justicia y la solidaridad, de lo gratuito.
- Educar para el respeto, el silencio, la escucha y la acogida

Conclusión

Concluyo con unos números de la carta apostólica de Juan Pablo II “*Novo Millennio Ineunde*”:

*“Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático... es el de la **comunión** (Koinonia), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia... para hacer de todos nosotros ‘un solo corazón y una sola alma’...”*

- *Hacer de la Iglesia la casa y escuela de comunión... si queremos ser fieles al designio de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo.*

- *Antes de programar iniciativas concretas hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre...*
- *Significa ... mirada del corazón al misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos...*
- *Significa ... capacidad de sentir al hermano como 'uno que me pertenece' ...para compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad...*
- *Significa capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: 'un don para mí'...*

...En fin es saber 'dar espacio' al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros ...y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza, envidias .No nos hagamos ilusiones, sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de comunión. (NMI 42 y 43).